

Para una lectura de Miguel Delibes y Ángel Vallecillo
a la luz del concepto de «España vacía»

ANNE LENQUETTE
(EHIC, Université de Limoges)

Résumé : L'ouvrage de Sergio del Molino, *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue* (2016), consacré à l'exode rural et à la désertification de certains villages espagnols, sert de point de départ à cet article qui se propose, dans une première partie, de souligner la présence avant l'heure de ce thème dans la production essayistique et journalistique de Miguel Delibes. Les représentations fictionnelles de cette Espagne rurale abandonnée constituent l'objet de la seconde partie, basée sur l'étude de deux romans de Miguel Delibes (*Viejas historias de Castilla la Vieja, El disputado voto del señor Cayo*) et d'un roman d'Ángel Vallecillo (*Los comedores de tierra*). La troisième partie analyse le cadre axiologique sur lequel reposent ces fictions (refus de la vacuité existentielle et mass-médiatique, incitation à la résistance).

Mots-clés : Espagne vide, monde rural, Delibes, Vallecillo, Del Molino

Abstract : Sergio Del Molino's work, *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue* (2016), dedicated to the rural exodus and the desertification of some Spanish villages, provides a foundation for this article which sets out at first to highlight the presence ahead of time of this topic in Miguel Delibes's essayistic and journalistic output. The fictional representations of this ghost rural Spain, based on the study of two novels by Miguel Delibes (*Viejas historias de Castilla la Vieja, El disputado voto del señor Cayo*) and one by Ángel Vallecillo (*Los comedores de tierra*), are the subject matters of the second part. The final part analyses the axiological framework behind these fictions (refusal of existential vacuity and media coverage, incentive for resistance).

Keywords: Spain's ghost towns, rural world, Delibes, Vallecillo, Del Molino

En su ensayo sobre la «España vacía»¹, Sergio del Molino alude reiteradas veces a Miguel Delibes recordando su fama de autor «carpetovetónico, antiguo, rural y pueblerino»². También cita varios fragmentos de su novela *El disputado voto del señor Cayo*³, en particular un fragmento en el que el pueblo en que van a parar los diputados viene comparado con las Hurdes⁴. No por nada: «El imaginario de la España vacía ha sido construido desde fuera, con metáforas condescendientes y crueles como las de Las Hurdes [...]»⁵. De hecho, el tema del éxodo y del abandono de la España rural (esencialmente de la Castilla rural)⁶ ha sido desde los años 60, tanto en la narrativa como en los discursos o crónicas periodísticas⁷ de Delibes, una preocupación constante⁸. Por lo tanto, empezaremos analizando su discurso extraliterario con respecto al tema. Constituye, a nuestro parecer, un requisito previo para mejor entender el alcance de su narrativa. A continuación, nos centraremos en *Viejas historias de Castilla la Vieja* (1964)⁹, construida a base de 17 microhistorias o «unidades»¹⁰ de unas tres páginas, en *Los comedores de tierra* (1998)¹¹, elaborada más de treinta años después, que se presenta como la continuación narrativa¹² de *Viejas historias de Castilla la Vieja* y en *El disputado voto del señor Cayo* (1978), una novela en que el tema de la España vacía alcanza particular relevancia. Por último, trataremos de ver qué valores éticos dejan traslucir estas novelas, publicadas a raíz de la muerte de Franco y al amparo de las primeras elecciones democráticas.

¹ Sergio DEL MOLINO, *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*, Madrid, Turner, 2016.

² *Ibid.*, p. 250.

³ Miguel DELIBES, *El disputado voto del señor Cayo*, Madrid, Destino, 2010 [1978].

⁴ Este fragmento encabeza el cuarto capítulo de *La España vacía*, in Sergio del Molino, *op. cit.*, p. 101. El fragmento de Delibes citado por Del Molino es el siguiente: «— ¡Joder, si esto es las Hurdes!—¿Has estado alguna vez?—No, joder, ni tú, ni éste, ni nadie. Por eso digo que es como las Hurdes. O sea, con las Hurdes pasa como con *El capital*, que todo el mundo habla de ellas pero nadie las conoce» (*El disputado voto del señor Cayo*, 40).

⁵ Sergio DEL MOLINO, *op. cit.*, p. 250.

⁶ Con la salvedad importante de *Los santos inocentes* (1981) que se desarrolla en el ámbito del latifundio extremeño.

⁷ Empezó en 1941 como caricaturista en el periódico *El Norte de Castilla*. Ocupó, a los tres años, el cargo de redactor y terminó siendo incluso director hasta su dimisión en 1963.

⁸ Según lo apunta con razón un estudioso, «Delibes decide prestar atención periodística a los problemas más inmediatos que presenciaba a su alrededor y la lamentable situación de abandono y retraso del campo castellano se convierte definitivamente en uno de los centros de su interés», in Antonio CANDAU, «Estudio preliminar a *Viejas historias de Castilla la Vieja*», *Viejas historias de Castilla la Vieja. La mortaja. La partida*, Madrid/Valladolid, Cátedra Miguel Delibes e Iberoamericana Editorial Vervuert, 2007, p. 15-80 [p. 20-21 citadas].

⁹ Miguel DELIBES, *Viejas historias de Castilla la Vieja. La mortaja. La partida*, Madrid/Valladolid, Cátedra Miguel Delibes e Iberoamericana Editorial Vervuert, 2007.

¹⁰ Retomo la terminología utilizada por Antonio Candau en su guía de lectura de *Viejas historias...* El propio Delibes los calificó de «capítulos», «capitulillos» o incluso «cuentos». Otros prefieren tachar estas historias de «relatos» o de «crónicas», cf. Amparo MEDINA-BOCOS, «*Viejas historias de Castilla la Vieja*: historia de un libro», in Cruzando fronteras. *Miguel Delibes entre lo local y lo universal*, M. Pilar CELMA VALERO y José Ramón GONZÁLEZ (ed.), Valladolid, Cátedra Miguel Delibes, 2010, p. 67-74.

¹¹ Ángel VALLECILLO, *Los comedores de tierra*, Valladolid, Colegio oficial de aparejadores y arquitectos técnicos de Valladolid, 1998.

¹² Notemos que la novela de Vallecillo descansa sobre un nuevo censo de personajes.

El compromiso de Delibes con respecto al abandono del mundo rural

Variabilidad léxica

La preocupación por la decadencia y muerte del agro castellano viene sintetizada en varios libros o artículos de Delibes. Su discurso de ingreso en la Real Academia Española (1973)¹³ viene a ser un hito clave en su reflexión acerca de este tema. Este texto fundamental viene completado por textos de menor importancia como algunos artículos periodísticos recogidos en *Vivir al día*¹⁴, en la antología comentada *Castilla, lo castellano y los castellanos* (1979)¹⁵ o en *Castilla habla* (1986)¹⁶, un libro de crónicas en que, conforme al título, se les da la palabra a algunos españoles de a pie, vecinos de pequeñas aldeas castellanas. Ante todo, la lectura de estos textos pone de realce una oscilación terminológica entre el vocablo «éxodo» (rural) utilizado en *SOS* (79)¹⁷ o en el título del capítulo XIX de *Castilla, lo castellano y los castellanos* (235) y la palabra «emigración» (campesina) (*Castilla habla*, 23; *Castilla, lo castellano y los castellanos*, 250). Ambas palabras designan una misma realidad valiéndose sea de una terminología culta sea de una terminología popular. Ahora bien, «éxodo» y «(e)migración» no son voces totalmente sinónimas. Esta última palabra, procedente del latín «emigrare» (= cambiar de casa), implica una emigración interior y no necesariamente extranjera («abandonar la residencia habitual en busca de mejores medios de vida dentro de su propio país»)¹⁸. Además, implica un afán de mejora social. En cambio, la palabra «éxodo», una palabra más culta¹⁹ procedente del episodio bíblico de la fuga de los hebreos de Egipto, remite a la «emigración de un pueblo o de una muchedumbre de personas». Se insiste más en la cantidad de personas que en la calidad de vida. Al fin y al cabo, ambas palabras constituyen la cara y cruz de una misma realidad. Al enfatizar la posibilidad para uno de cambiar sus

¹³ Este discurso fue publicado en el libro *SOS. El sentido del progreso desde mi obra*, Barcelona, Destino, 1975. Delibes reproduce un fragmento del mismo en su antología comentada *Castilla, lo castellano y los castellanos* y señala que la fecha de redacción es de 1973 (251). También ha sido reproducido, con leves modificaciones, en *Un mundo que agoniza*, Plaza y Janés, Barcelona, 1979.

¹⁴ Miguel DELIBES, *Vivir al día* [1968], in *Obras completas*, tomo 5, Barcelona, Destino, 1975, p. 11-171. Remitimos a los tres artículos titulados «Los pueblos moribundos» (1961), «La ruina de Castilla» (1963) y «Castilla negra y Castilla blanca» (1964).

¹⁵ Miguel DELIBES, *Castilla, lo castellano y los castellanos*, Barcelona, Austral, 2012 [1979].

¹⁶ Miguel DELIBES, *Castilla habla*, Barcelona, Destino, 1986.

¹⁷ Pongo entre paréntesis las páginas aludidas.

¹⁸ *Diccionario de la Real Academia Española*

¹⁹ Resulta revelador que, en la novela *El disputado voto del señor Cayo*, los jóvenes políticos utilicen la palabra «éxodo», una palabra que el señor Cayo no entiende y que él prefiere sustituir por la palabra «emigración» (109).

condiciones de vida, el vocablo «(e)migración» contiene en ciernes las causas del fenómeno mientras que el vocablo «éxodo» subraya más bien el proceso en sí además de sus consecuencias humanas.

Progreso y cultura

Quitando esta oscilación terminológica, importa subrayar el compromiso temprano de Delibes, ya desde los años 70, con respecto no solo a la defensa de los pueblos sino también, de forma más global, con respecto a la naturaleza. En su discurso de ingreso en la Real Academia, Delibes definía su postura intelectual y literaria frente al progreso y a la evolución de la sociedad del modo siguiente: «En rigor, antes que menosprecio de corte y alabanza de aldea, en mis libros hay un rechazo de *un progreso que envenena la corte e incita a abandonar la aldea*. [...] Hemos matado la *cultura campesina* [...]»²⁰.

Esta cita merece tres comentarios. En primer lugar y en contra de lo que se ha escrito, la cita muestra a las claras que Delibes no cae en el maniqueísmo a la hora de enfocar el díptico campo-ciudad. Su visión del campo no viene regida por una «alabanza de aldea» ciega o por una idealización del mundo rural²¹. Es precisamente este afán por describir sin ambages y con bastante realismo el mundo campesino lo que le lleva reiteradamente a volver sobre el despoblamiento de las aldeas años antes de que Sergio del Molino fragüe el concepto de «España vacía»²². Sin embargo, si el libro de Sergio del Molino tuvo el mérito de provocar estos últimos años una toma de conciencia tanto entre los lectores (acogida muy favorable) como entre los escritores (nacimiento de una «corriente» novelesca y testimonial dedicada al tema²³), Delibes tan solo consiguió con *Viejas historias de Castilla* que se le acusara de fraguar una leyenda negra de Castilla. A lo cual él contestó negándose a ocultar la realidad de la «postración rural» de la zona:

²⁰ El subrayado es mío, in Miguel DELIBES, *SOS. El sentido del progreso desde mi obra, op. cit.*, p. 76-77.

²¹ Antes bien Delibes no duda en describir la dureza, la pobreza, el odio y el primitivismo imperantes en el agro castellano. Se leerá al respecto a Jesús RODRÍGUEZ, «Idealización y ruralidad en la novela rural de Delibes», *Estudios en homenaje a Enrique Ruiz-Fornells*, Juan FERNÁNDEZ JIMÉNEZ, José Julián LABRADOR HERRAIZ, L. Teresa VALDIVIESO (ed.), 1990, p. 539-546. Para Gonzalo Sobejano, «la mejor crítica nunca dejó de observar su no ocultación de los aspectos negativos de la vida en los campos, y aquí [en *El disputado voto del señor Cayo*] tales aspectos abundan: incomunicación, intemporalidad, lejanía, abandono; y, para que nada falte, el odio entre el señor Cayo y *el otro* [...]», in Prólogo a *Castilla como problema*, Destino, 2001, p. 9-25.

²² Más de cuarenta años separan la redacción del discurso de ingreso de Delibes en la RAE (1973) de la publicación del libro de Sergio del Molino (2016).

²³ Léase al respecto Marta Martínez, «Libros sobre la España vacía», 24 de abril de 2018, <http://almanatura.com/2018/04/libros-sobre-espana-vacia/> o Julio Llamazares, «La literatura de la España vacía», 10 de marzo de 2017, https://elpais.com/cultura/2017/03/10/babelia/1489139394_474583.html

En las parameras de Soria y Burgos hay pueblos enteros abandonados. Pueblos que las trepadoras, los helechos, la zarzamora y la ortiga van demoliendo poco a poco. [...] Y si las cosas son así, ¿por qué voy a disimularlas? [...] ¿Por qué crear una leyenda blanca?²⁴.

En segundo lugar, siempre en contra de lo que se ha escrito, Delibes no aborrece el progreso en general sino que tan solo se niega a verlo en la creciente urbanización y en su corolario, el éxodo rural. Su visión del progreso pasa por una relación armoniosa con la naturaleza y una consiguiente protección y perennización de la ruralidad. Como lo da a entender el título de su ponencia, Delibes aboga por un progreso que tenga un sentido. Dicho de otro modo, la desertización de los pueblos en aras de las urbes le parece un sinsentido.

En tercer lugar, la cita delibesiana introduce la noción de «cultura campesina», lo cual resulta interesante por ir en contra de los prejuicios vigentes. Según la oposición tradicional y secular entre naturaleza y cultura, el campo suele quedar encasillado bajo el marbete «naturaleza», a diferencia de la urbe caracterizada por la «cultura». Ahora bien, al reivindicar una «cultura campesina», Delibes invierte las categorías al uso. Desde entonces, Delibes no ha dejado de defender esta cultura y de abogar por su reconocimiento. Así lo hace en *El disputado voto del señor Cayo* en que Víctor, aspirante a diputado en las primeras elecciones democráticas, recalca por casualidades de la campaña política en un pueblo abandonado. Junto con Laly y Rafa, dos jóvenes compañeros, Víctor descubre con estupefacción la vida arcaica del señor Cayo, uno de los tres habitantes del pueblo. De vuelta a la ciudad, siente indignación frente a lo que ha presenciado («No hay derecho [...] a que hayamos dejado morir una cultura sin mover un dedo»)²⁵ y, al mismo tiempo, incompreensión frente a una jerarquía de valores que hace de la cultura «urbana» una cultura superior («¿[...] puedes decirme, Laly, por qué es más cultura nuestra cultura?»)²⁶. En su antología comentada (1979), Delibes volvía a las andadas:

La estampa de Castilla desertizada, con sus aldeas en ruinas y los últimos habitantes como testigos de *una cultura* que irremisiblemente morirá con ellos, puesto que ya no quedan manos para tomar el relevo, es la que he intentado recoger en mi última novela *El disputado voto del señor Cayo* [...]²⁷.

Estas palabras remiten a las del cronista Delibes que, en 1986, no podía menos que constatar, impotente, el «declinar de unas formas de vida, [el] ocaso de una cultura»²⁸. Para

²⁴ Miguel DELIBES, «Castilla negra y Castilla blanca», in *Vivir al día, Obras completas, op. cit.*, p. 137-139.

²⁵ Miguel DELIBES, *El disputado voto del señor Cayo, op. cit.*, p. 158-159.

²⁶ *Ibid.*, p. 165.

²⁷ El subrayado es mío. Miguel DELIBES, «Castilla hoy», in *Castilla, lo castellano y los castellanos, op. cit.*, p. 22.

²⁸ Miguel DELIBES, *Castilla habla, op. cit.*, p. 26.

entender qué encierra exactamente el vocablo, hay que darles la palabra a Miguel el «hippy», uno de los habitantes de estos pueblos abandonados, o a Víctor, uno de los personajes en quien el descubrimiento de semejante realidad provoca un arrebató de lucidez y una toma de conciencia. Para Miguel, la cultura campesina existe en tanto «vieja cultura» basada en «aperos, faenas, costumbres, palabras...»²⁹ y en «cantidad de cosas en común: pastos, ganado, recolección, trilla, pastoreo. Y eso es lo que para mí es una cultura, ¿no?»³⁰. Víctor sintetiza el antagonismo entre ambas culturas de forma bastante pragmática: «¿De...de veras te parece más importante recitar Althusser que conocer las propiedades de la flor del saúco?»³¹. Víctor, trasunto del propio Delibes, y Miguel le dan a la palabra un sentido antropológico³².

Al fin y al cabo, en esta cita breve de su discurso de ingreso en la RAE se cifra el ideario de Delibes en lo relativo al campo y a la sociedad. Por una parte, opina que el progreso, tal y como se concibe hoy, redundaría en perjuicio tanto de la urbe como del campo. Defiende una visión «razonada» del progreso, es decir que no excluya a nadie y que no obvie sus aspectos negativos. Por otra, Delibes se niega a aceptar resignadamente el problema de los pueblos abandonados. Por lo tanto, se esfuerza en revalorizar el patrimonio campesino confiriéndole un estatus de «cultura». También lucha por preservarlo denunciando esta situación a través de diferentes medios y rescatando un léxico y unos modos de vida en extinción, en particular en su narrativa.

La narrativa de la España vacía: *Viejas historias de Castilla la vieja* (1964), *El disputado voto del señor Cayo* (1978) y *Los comedores de tierra* (1998)

La realidad del despoblamiento: del Gran Trauma a la Gran Trampa

Existe entre *Viejas historias* de Delibes y *Los comedores de tierra* de Vallecillo un parentesco que descansa sobre una serie de puntos comunes, empezando por el título. Por lo visto, para subrayar su deuda literaria con la novela de Delibes, Ángel Vallecillo barajó la

²⁹ *Ibid.*, p. 58.

³⁰ *Ibid.*, p. 59. La noción de «cultura» remite etimológicamente, ya a finales del siglo XI, a una parcela de tierra cultivada para producir vegetales. «Le premier sens de “culture” (1150) est celui de “champ labouré, terre cultivée et ensemencée”», in Alain REY, artículo «culture», *Dictionnaire historique de la langue française*. Paris, Robert, 1992.

³¹ Miguel DELIBES, *El disputado voto del señor Cayo*, *op.cit.*, p. 166.

³² Como muy bien lo apunta Mercedes Rodríguez Pequeño, «cultural» se ha de entender en su «significado antropológico, referido a las costumbres, ideas, estilo de vida de una determinada comunidad —y no el significado elitista que identifica la cultura con una serie de disciplinas y actividades de carácter intelectual, como la literatura, el arte, la filosofía—», «El conflicto rural /urbano en el funcionamiento del espacio y en la configuración de los personajes en la narrativa de Miguel Delibes. Análisis de *El tesoro*», in M. Pilar CELMA VALERO (coord.), *Miguel Delibes, pintor de espacios*, Madrid, Visor, 2010, p. 113-127 [p. 118 citada].

posibilidad de darle a su ficción el título *Nuevas historias de Castilla la Vieja*³³. A falta de optar por este título, Vallecillo rindió homenaje a Delibes convirtiéndole en personaje ocasional de su novela³⁴. A nivel formal, *Viejas historias de Castilla la Vieja* consta de 17 unidades frente a 33 para la novela de Vallecillo. Por lo tanto, la novela de Vallecillo se presenta como una especie de «doble», por su contenido y a la vez por su número de historias, de la de Delibes. Además, en ambos casos, la novela se caracteriza por una estructura circular que empieza en el primer capítulo (*Viejas historias...*) o en los primeros (cap. 6 de *Los comedores de tierra*) con la evocación de la partida del pueblo y se cierra en el último capítulo con la vuelta del «emigrante», siendo el narrador en primera persona el que sufre en carne propia (el propio Isidoro en *Viejas historias...*) o ajena (el narrador presencia la partida y la vuelta de su hermano en *Los comedores*) la realidad del exilio. Las dos novelas se ubican en un espacio situado entre Valladolid y Palencia³⁵, si bien el pueblo de Vallecillo tiene un nombre ficticio que parece real (Claralba del Alcor) y participa en la ilusión referencial mientras que el de Delibes es innominado. En cambio, existe una diferencia relevante en lo que respecta a la temporalidad. En efecto, Isidoro, el narrador y personaje delibesiano confiesa en el capítulo 10 que dejó su pueblo «el año de la Gran Guerra»³⁶, es decir en 1914. Sabemos que vuelve en 1962, tras vivir 48 años fuera de su pueblo (*Viejas historias...*, cap. 1 y 17). La serie de relatos viene, pues, constituida por una larga rememoración retrospectiva de los recuerdos de infancia de éste y se desarrolla lógicamente durante los primeros años del siglo XX, entre 1906³⁷ y 1914. En cambio, el narrador anónimo de Vallecillo nació el 4 de junio de 1937³⁸. Su hermano mayor, Yago, abandonó el pueblo en busca de un trabajo en Bilbao y de mejores condiciones de vida cuando tenía dieciocho años y el narrador dieciséis³⁹, es decir en 1953. Los relatos del narrador versan sobre su infancia, es decir durante los años 40 y 50, en pleno franquismo. Los periodos y los recuerdos evocados en sendas novelas distan, aproximadamente, de unos treinta y cinco o cuarenta años. En un artículo pionero

³³ Carmen MORÁN RODRÍGUEZ, «Alcores y simulacros: evolución del tratamiento espacial en la narrativa de Ángel Vallecillo», *Los nuevos mapas. Espacios y lugares en la última narrativa de Castilla y León*, Valladolid, p. 88-114, in <http://uvadoc.uva.es/handle/10324/26283> [consultado en julio de 2018].

³⁴ Ángel VALLECILLO, *op. cit.*, p. 129-130.

³⁵ Carmen Morán Rodríguez señala que hay en la provincia de Valladolid una localidad llamada Villalba de los Alcores. En la novela de Vallecillo, se nos indica que Claralba del Alcor constituye una «frontera natural» entre La Tierra de Campos y el Valle del Cerrato (*Los comedores*, p.79). Delibes, a su vez, ha apuntado que varias novelas suyas, entre las cuales *Viejas historias...*, retratan «la desnudez, los campos yermos de Valladolid, Palencia y Zamora, al norte del río Duero» (*Castilla, lo castellano y los castellanos*, p. 28).

³⁶ Miguel DELIBES, *Viejas historias de Castilla la Vieja*, *op. cit.*, p. 120.

³⁷ Miguel DELIBES, *Viejas historias de Castilla la Vieja*, *op. cit.*, p. 144 («allá por el año seis»).

³⁸ Ángel VALLECILLO, *op. cit.*, p. 51.

³⁹ Ángel VALLECILLO, *op. cit.*, p. 50 («decidió irse [...] con apenas diecinueve años»; «se marchó a Bilbao cuando yo tenía dieciséis años») y p. 151 («Yago me saca dos años de edad»).

sobre Vallecillo, Carmen Morán postula que el narrador de *Los comedores de tierra* «no es otro que el hermano menor del narrador de *Viejas historias...* En el libro de Delibes [...] el narrador menciona ocasionalmente, sin decir su nombre, a un hermano menor. Ese hermano menor es la voz elegida por Vallecillo [...]»⁴⁰. Según C. Morán, Yago e Isidoro serían una sola y única persona. Esta opción narrativa, por muy seductora que parezca, no nos parece válida teniendo en cuenta que los números no cuadran⁴¹. En cambio, sí podemos ver en el narrador de Vallecillo una especie de *alter ego* narrativo del de Delibes. Los une el relato de un mismo suceso (el abandono del pueblo y la partida hacia la ciudad), cambiando la época y el enfoque (visión interna del exilio en Delibes y externa en Vallecillo).

Tanto Delibes como Vallecillo se hacen los portavoces de las causas del despoblamiento. De hecho, Isidoro, el protagonista de *Viejas historias...*, evoca en las primeras páginas el problema de la falta de vocación: «Al principio pensaba que a mí me movía el orgullo [...] pero cuando me fui conociendo mejor me di cuenta de que no había tal sino una vocación diferente»⁴². Cuando le anuncia a su padre su decisión de no trabajar en el campo, recibe una paliza a modo de respuesta y es castigado durante «cuarenta y ocho horas amarrado a la cadena del perro sin comer ni beber»⁴³. La «respuesta» violenta del padre no solo pone de realce la cerrazón de éste sino también el peso de una tradición campesina secular que, a principios del siglo XX, dejaba poco lugar para el cambio y que exigía de sus moradores un apego incondicional a la tierra y al «pueblo». Siguiendo esta línea, el palíndromo del título muestra hasta qué punto el universo rural constituye un universo cerrado, con pocas posibilidades de escapatoria. Además de remitir a la antigüedad del modo de vida reseñado, la repetición del adjetivo «viejo» contiene en ciernes un enfrentamiento generacional entre viejos y jóvenes. El abandono de los pueblos se origina en éstos cuyas exigencias en términos de bienestar, de consumo y de materialismo van creciendo. En *Viejas historias...*, el tema de la partida viene relacionado también con la representación del campo en el inconsciente colectivo. Ya a principios del siglo XX, Isidoro nos hace partícipes de la vergüenza asociada con el espacio rural⁴⁴. Este sentimiento, profundamente arraigado en la sociedad española (y europea seguramente), siguió siendo la norma durante el franquismo:

⁴⁰ Carmen MORÁN RODRÍGUEZ, *art. cit.*, p. 92.

⁴¹ El Isidoro de *Viejas historias...* nace hacia 1895-1898 mientras que se supone que el Yago de Vallecillo nace en 1935. Además, los números tampoco cuadran dentro de la ficción. De hecho, en el capítulo 29 de *Los comedores de tierra*, el lector se entera de que Yago tiene 12 años (p. 155) en 1944. Según este último dato, Yago habría nacido en 1932 y no le sacaría a su hermano dos años sino cinco...

⁴² Miguel DELIBES, *Viejas historias de Castilla la Vieja, op. cit.*, p. 97.

⁴³ Miguel DELIBES, *Viejas historias de Castilla la Vieja, op. cit.*, p. 97.

⁴⁴ Las alusiones a esta vergüenza abundan en la primera unidad: «me avergonzaba ser de pueblo», «Te has fijado qué cara de pueblo tiene el Isidoro?», «me mortificaba [...] que prescindieran de mí», «el profesor [...] me dijo

La inequitativa atención al campo con respecto a las ciudades, situación creada por los intereses económicos de la dictadura franquista y su política de modernización, sometieron a lo agrario a un mayor desprestigio y desventaja, trayendo como consecuencia la «vergüenza» por lo rural y un sobredimensionamiento de lo citadino como paradigma superior⁴⁵.

Otro tanto apunta Sergio del Molino: «Ningún dictador ha maltratado tanto y tan persistentemente la España rural como Franco. No solo propició el éxodo que causó el Gran Trauma [...] sino que machacó con crueldad su forma de vida, haciéndola imposible»⁴⁶.

Esta representación tan desvalorizante del espacio rural traía consigo, casi siempre, una visión embellecedora de la ciudad. De hecho, Yago, el hermano del narrador, tan solo acierta a ver en ésta un espacio eufórico de progreso y de placer: «En la ciudad se adelanta, se progresa, allí hay fábricas, cultura, cines, distracciones, alegrías; conoceré nuevas gentes, extranjeros, gente que se relaciona y se divierte en bailes...»⁴⁷. Esta imagen idealizada no resiste el choque con la realidad. La decepción de Yago frente a la deshumanización y a la mecanización propias de la sociedad industrial no tarda en manifestarse: «En su correspondencia, mi hermano se lamentaba de su suerte [...]. Su monótono trabajo en la fábrica le deprimía»⁴⁸.

Si bien las novelas evocadas no abordan directamente las causas económicas y demográficas, sacadas a colación habitualmente por todos los historiadores, Delibes, en su antología castellana, no duda en hacer hincapié en éstas sin olvidarse del problema de la idealización de la ciudad:

La desilusión producida por un esfuerzo socialmente despreciado y mezquinamente retribuido; la grisura de una vida lánguida, sin alicientes, en contraste con el ritmo aparentemente alegre, frívolo y desahogado, de la capital, y el atractivo de los salarios fijos, no pendientes de una nube, embaucó a la juventud campesina en la década de los 60, provocando un éxodo repentino a la ciudad [...]. De esta manera, el campo quedó en manos de los viejos [...]⁴⁹.

El contenido de esta cita y el verbo «embaucar» muestran hasta qué punto la imagen idílica de la ciudad desarrollada por Yago corresponde a un espejismo colectivo más que individual. Sergio del Molino califica el éxodo de Gran Trauma. No cabe duda de que Delibes y Vallecillo, sin formularlo así, se decantan más por el concepto de una Gran Trampa. Ambos

una tarde en que yo no acertaba a demostrar que los ángulos de un triángulo valieran dos rectos [...] llevas el pueblo escrito en la cara», «Y toda mi ilusión [...] estribaba en [...] carecer de un pueblo que parecía que le marcaba a uno como a las reses».

⁴⁵ Sara FERNÁNDEZ MEDINA, *La novela castellana rural de Miguel Delibes. Historia de un éxodo*, Texas Tech University, 2007, p. 94.

⁴⁶ Sergio DEL MOLINO, *op. cit.*, p. 59.

⁴⁷ Ángel VALLECILLO, *Los comedores de tierra, op. cit.*, p. 99.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 138.

⁴⁹ Miguel DELIBES, *Castilla, lo castellano y los castellanos, op. cit.*, p. 235.

optan deliberadamente por centrarse en sus ficciones respectivas en las representaciones y en los ideales causantes del éxodo más que en los aspectos puramente factuales.

Hacia la construcción literaria de una España vacía: descubrir y describir el abandono

Donde mejor se ejemplifica la realidad de los pueblos abandonados de la España vacía es en *El disputado voto del señor Cayo*⁵⁰. En esta ficción, la llegada de tres jóvenes militantes políticos a un pueblo llamado Cureña con motivo de las primeras elecciones democráticas da pábulo al encuentro con el señor Cayo, un campesino que vive en el pueblo junto a su mujer muda y a un vecino con quien no se habla. El narrador delibesiano describe, con bastante precisión, en el momento de la llegada al pueblo, el paisaje castellano de la España vacía. Una serie de procedimientos narrativos apuntan hacia la desertificación y la desaparición de lo humano en el universo rural con el que el lector se va a topar al mismo tiempo que los tres militantes: Laly, Rafa y Víctor.

De antemano, la presencia simbólica de un puente (73) anuncia el paso a otro mundo. Además, el personaje repone gasolina en un «viejo surtidor de manivela», lo cual supone un salto temporal hacia el pasado mientras que la carretera «angosta, sin pavimentar», estropeada por los «baches» y los «charcos» (73) supone un salto espacial. Constituye una señal de que los tres visitantes se están adentrando en un espacio transicional que les hace pasar del mundo urbano de las carreteras asfaltadas a un mundo más rural. De hecho, la mano del hombre, tradicionalmente asociada a la carretera, no ha logrado dejar su impronta y viene derrotada por la naturaleza que retoma sus derechos, según lo sugiere la enumeración de elementos vegetales como las «escobas», los «robles», los «saúcos» y las «madreselvas» (75). Esta hegemonía de la naturaleza sobre las obras humanas coincide con la antropomorfización del entorno: el terreno «se desploma», viene «flanqueado de» vegetales y el paisaje «adormecido» también «se anima» (76). Es precisamente este espacio transicional el que volveremos a encontrar en el momento en que los tres militantes vuelvan a la ciudad. Las «extrañas siluetas de piedra erosionada» (75) siguen allí sin que cambie apenas la descripción que el narrador les dedica («siluetas dentadas, abrumadoras, de las rocas erosionadas», 156). Esta personificación funciona a modo de aviso en este espacio de tránsito como si el ser humano pudiera ser sustituido y derrotado por la naturaleza.

Sin embargo, de forma subrepticia, ésta se va tornando más salvaje y hostil con la evocación de unas «zarzamoras» y de unas «ortigas» (81), es decir, flores que pueden picar y

⁵⁰ *El disputado voto...* en adelante

herir al hombre. Esta impresión se refuerza con la alusión al cielo «hendido» por las crestas de la vaguada. Este verbo hace hincapié en el potencial agresivo y latente de los elementos que conforman el paisaje descrito. También cambia el entorno sonoro. El silencio se va adueñando de un espacio en el que tan solo imperan los ruidos naturales como el ruido del agua: «En el silencio se hacían más perceptibles los golpes del agua contra las rocas, allá abajo en lo más profundo de la hoz» (77). El agua nos ubica en un espacio bucólico, conforme al tópico del *locus amoenus* si no fuera por la aparición de unas chovas (es decir aves carroñeras) cuyo graznido nos sume en una atmósfera tanto más inquietante cuanto que los diferentes términos descriptivos nos sitúan en la frágil frontera de la normalidad («destempladamente», «gritos lúgubres», «loca algarabía», 81-83). En todo caso, a diferencia de lo que pasa en las ciudades, los gritos de las chovas y «el rumor cristalino» (120) del agua no producen ruido sino que acentúan el «gran silencio» (120). A la naturaleza y al silencio, hay que añadir el papel de la luz. En efecto, las múltiples alusiones a la «creciente luminosidad del día» (75), a las «hojas espejeantes» (76) y al «rotundo tajo del sol» (79) culminan con la fórmula bíblica: «se hizo la luz» (82). En el Génesis, el *fiat lux* se relaciona directamente con la creación del primer hombre y de la primera mujer, los cuales han de habitar la tierra. En *El disputado voto...*, la construcción literaria de la España vacía pasa precisamente por lo contrario. Nada más hacerse la luz, este espacio que podría ser paradisiaco por analogía con el hipotexto bíblico se nos presenta como un espacio desertado por la presencia humana. La casa, construcción humana por excelencia, viene caracterizada por un campo semántico del abandono y de la destrucción («deslucidos», «vencidos», «rotos», «desencajados», «ruina»). Esta ausencia de rastro humano queda patentizada poco después cuando los militantes descubren el aspecto de las demás casas del pueblo⁵¹. El lector se encuentra, pues, frente a un paraíso del que el hombre ha sido expulsado desde hace tiempo: «Por aquí no pasa un alma desde el treinta y seis» (76), puntualiza Rafa al llegar al pueblo. El señor Cayo, a su vez, establecerá la cronología de un éxodo que se inició al amparo de la Guerra Civil («de la guerra acá ya empezó el personal a inquietarse», 109) y que se acrecentó en los años 60 («—Luego, la cosa fue a mayores. —¿Cuándo? —Ponga de quince años a esta parte», 110), es decir a raíz del Plan de Estabilización de 1959 y durante los años del llamado desarrollismo.

El descubrimiento de este pueblo abandonado va a dar pábulo a otro descubrimiento, el de la realidad del éxodo. Hay que apuntar que, por lo menos, una parte de los políticos españoles

⁵¹ «casas y pajares despanzurrados», 118; «calleja [...] obstruida por las piedras y la maleza», 118; «dinteles sin puertas», 118; «postigos desencuadrados», 118; «llenos de polvo y telarañas», 119; «una casa a punto de derrumbarse», 122; «paredes desconchadas», 122; «mostrador apollillado», 122; «una vieja balanza de pesas cubierta de telarañas», 122.

de los años 70 conocía la realidad del despoblamiento rural. Al principio de la novela, Dani, uno de los jefes provincianos de la campaña, evoca por teléfono, con sus interlocutores madrileños, la existencia de una docena de pueblos «medio vacíos» en la montaña (28). Se nos da a entender que los líderes provincianos están poniendo al tanto a la dirección central de la realidad del terreno. Dani avisa a Víctor de lo que va a encontrar: «son pueblos de una emigración tan fuerte que apenas quedan en ellos niños y viejos» (37). Por cierto, esta «España vacía» no ha sido visitada por los militantes «más que una vez» (37). No se sabe si «merecerán el viaje» (37). Por lo tanto, los tres pueblos (Cureña, Quintanabad y Martos) se han de despachar en pocas horas (38-39). Tanto el tiempo dedicado como la duda sobre la necesidad de acudir a estos pueblos o las alusiones despectivas a los campesinos⁵² subrayan el desprecio de los políticos con respecto a tales zonas, a pesar de su peso electoral⁵³. Es interesante notar que este abandono institucional viene recalcado tanto a través del discurso de los políticos como a través del discurso del propio señor Cayo, convertido en portavoz de los hombres que habitan estos desiertos: «Aquí contra menos somos, peor avenidos estamos»⁵⁴. Más allá de la actitud de los poderes públicos con respecto a los problemas específicos planteados por la desertización de las zonas rurales, la novela de Delibes nos brinda numerosos elementos para una mejor comprensión del fenómeno. El lector se entera de que el caso del pueblo de Cureña (tres habitantes) no es un caso aislado, pues en el pueblo vecino de Martos, tan solo quedan cuatro habitantes y el pueblo de Quintanabad está totalmente vacío (102). El diálogo entre el señor Cayo y los tres militantes va a permitir que aflore la realidad de la desertización en toda su crudeza, en particular sus motivos y consecuencias. Según lo da a entender el señor Cayo, Bilbao, por ser un núcleo industrial con fuerte necesidad de mano de obra constituyó un foco de atracción para muchos habitantes de los pueblos (85)⁵⁵. Si bien el señor Cayo limita su análisis de los motivos de la emigración al propio caso invocando el aburrimiento de la juventud (108) y la falta de diversión de los pueblos (141), en cambio evoca de manera relativamente exhaustiva las diferentes consecuencias de este despoblamiento: la fosilización del odio (85), la conquista de una parte del espacio humano por el animal (100), los emparejamientos casi incestuosos (111), la incomunicación (138-140), el distanciamiento con los hijos (141) y el abandono de las tierras arables (151).

⁵² «Los paletos llevarán media hora en la plaza aguardando a sus ilustres visitantes» (80) o «A Dani le importan tres cojones los vecinos» (102).

⁵³ Sergio del Molino explica en su libro el funcionamiento del sistema de sobrerrepresentación electoral de estos pueblos (64-68).

⁵⁴ Miguel DELIBES, *El disputado voto del señor Cayo*, op. cit., p. 85.

⁵⁵ La referencia a Bilbao es una constante en las obras estudiadas tanto en *Viejas historias...* (cap. 1) como en *Los comedores de tierra*.

Frente a una cultura rural en vías de extinción y a un creciente proceso de «desruralización» de la sociedad española, las tres novelas estudiadas abordan *avant l'heure* el problema de la sangría del campo español. Si *El disputado voto...* incluye una denuncia política (bajo el franquismo o la democracia), *Viejas historias...* y *Los comedores de tierra* inciden más bien en una visión individual a través del itinerario de un inmigrante. Ahora bien, podemos preguntarnos qué sistema de valores late bajo estas ficciones y cómo se le transmite al lector.

Axiología del discurso novelesco: de la retórica del vacío a la ética de la resistencia

Del vacío a la vacuidad

Más allá de la situación de abandono de algunas regiones de España, *El disputado voto...* nos induce a reflexionar sobre los valores relativos a la urbe y al campo. Por ejemplo, no parece casual que el pueblo vaya asociado al ascenso de los protagonistas⁵⁶ como si el espacio cobrara un alcance simbólico y como si la altura pudiera relacionarse con ciertos valores exaltados por el narrador. También la visión del tiempo delata la escala de valores vigentes en el pueblo. De hecho, nada más encontrar a los tres militantes, el señor Cayo les confiesa que él se ocupa de darle cuerda al reloj de la torre de la iglesia. En esta España vacía, sin habitantes y sin casas decentes, el tiempo no se ha detenido. Tratándose de un espacio en que las estaciones y las labores diarias imponen su ritmo, el tiempo tiene todo su sentido y no se puede hacer caso omiso de él. Para explicar este afán de cuidar del reloj, la respuesta del señor Cayo no deja de ser aleccionadora: «Llena —dijo» (122). En esta España rural, lo «vacío» no quita lo «lleno». Con su respuesta, no cabe duda de que el señor Cayo alude tanto a su necesidad de luchar contra el vacío y la soledad experimentados a diario como a la plenitud proporcionada por la posibilidad de ser dueño del tiempo. De hecho, el señor Cayo nunca tuvo prisa⁵⁷. Esta correlación entre plenitud y dominio del tiempo se encuentra también en *Los comedores de tierra* en que el narrador evoca la costumbre de su padre de sentarse durante horas ante el sembrado para ver «crecer el trigo» (148). El propio narrador se entrega a esta

⁵⁶ «Rafa metió la segunda velocidad [...]. El desnivel era muy acusado» (73); «A medida que ascendían» (73); «La mirada ensoñadora de Víctor ascendió desde el cauce del río hasta la flor amarilla» (76); «De lo más profundo del valle llegaba el retumbo [...] de las torrenceras del río» (77); «allá abajo, en lo más profundo de la hoz» (77); «observaba insistentemente el abismo» (79); «una abrupta escarpadura cuyas crestas hendían el cielo» (81); «brotaba un chorro de agua [...] que se precipitaba desde una altura de veinte metros para perderse [...] y encontrarse en lo hondo del valle» (81); «El señor Cayo [...] ascendió por la senda» (89) etc.

⁵⁷ «—Usted nunca tuvo prisa, ¿no es cierto, señor Cayo? / — ¡Toó! Y ¿a cuento de qué iba a tener prisa» (105).

experiencia. Para sorpresa suya, no solo la belleza del paisaje produce en él una sensación difusa desconocida sino que además siente empatía para con su padre «hablando de tantas cosas insustanciales que terminó siendo una conversación profunda» (150). Del mismo modo, el señor Cayo no descarta la posibilidad de quedarse días enteros viendo caer la nieve, si se terciara (139). Tanto el señor Cayo como el padre del narrador de *Los comedores de tierra* pertenecen a un mundo en que la contemplación de la naturaleza constituye una filosofía de vida. «Profundo», «sustancial», «pleno»: estos adjetivos matizan la realidad de la España vacía y dejan entrever la posibilidad de un *modus vivendi* alejado de la superficialidad del mundo moderno y mediático.

El momento en que el señor Cayo y sus visitantes evocan la falta de tareas agrícolas en invierno resulta interesante desde este punto de vista. En efecto, al final del encuentro, Rafa, Víctor y Laly expresan su incompreensión frente al vacío de una vida sin medios de comunicación: «Pero si usted no lee, ni oye la radio, ni ve la televisión, ¿qué hace aquí en invierno?» (139). Semejante intervención resulta ambigua. Revela la falta de apertura del señor Cayo y de la España vacía con respecto al resto de la sociedad y al «mundanal ruido» pero, *a contrario*, no deja de ser sintomática de la saturación informativa propia de la urbe y de una sociedad narcisista. Por decirlo en palabras del sociólogo Gilles Lipovetsky:

[...] le narcissisme [...] apparaît comme une forme inédite d'apathie faite de sensibilisation épidermique au monde et simultanément d'indifférence profonde à son égard: paradoxe qu'explique partiellement la pléthore d'informations dont nous sommes assaillis et la rapidité avec laquelle les événements mass-médiatisés se chassent les uns les autres, empêchant toute émotion durable⁵⁸.

La «apatía» evocada por Lipovetsky se relaciona directamente con una sociedad que consume la información como cualquier otro bien de consumo hasta el punto de volverse «profundamente indiferente», lo cual viene a ser también una de las caras del vacío existencial⁵⁹ de la modernidad: «Impossibilité de sentir, vide émotif, la désusstantialisation ici est à son terme [...]»⁶⁰. De hecho, al final de la novela, es la España urbana la que se vuelve paradójicamente «vacía». Ya de vuelta a la ciudad, Víctor, borracho pero lúcido le espeta a su jefe: «Palabras, palabras y palabras...Es... es lo único que sabemos producir» (175). Con ello, Víctor se está refiriendo a varias cosas como pueden ser el habla desvirtuada por las muletillas y los juramentos de su joven colega Rafa, la propaganda política y, de forma

⁵⁸ Gilles LIPOVETSKY, *L'ère du vide. Essais sur l'individualisme contemporain*, Paris, Gallimard, 1983, p. 75.

⁵⁹ Según lo explica Sergio del Molino (echando mano de Lipovetsky), existe una corriente de fondo de jóvenes que tienden a buscar una trascendencia que «el capitalismo de consumo niega radicalmente», cf. Sergio DEL MOLINO, *op. cit.*, p. 247.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 109.

más general, la retórica engatusadora de los medios de comunicación. En todo caso, la comunicación verbal de los tres políticos se asemeja a una «verborrea vacua, desamentizada» que no resiste la comparación con «la palabra escasa pero justa»⁶¹ del señor Cayo.

La expresión «España vacía», creada por Sergio del Molino, se aplica a un espacio geográfico desertificado. Sin embargo, tanto Ángel Vallecillo como Miguel Delibes, mucho antes de que apareciera la expresión, le dieron cuerpo, vida y habla mediante sus ficciones sin caer en la idealización. Éstas fueron terreno abonado para una reflexión sobre el mundo rural. Al sugerir la posibilidad de un vínculo entre lo pleno y el campo y entre lo vacío y la urbe (o la modernidad), estas ficciones no permitieron un cambio de paradigma sociológico pero sí obraron a su manera en pro de una incipiente subversión de las categorías axiológicas⁶². Sin embargo, Delibes y Vallecillo no se contentan con mostrar la realidad del páramo castellano o de los pueblos en vías de extinción sino que sus ficciones constituyen auténticos actos de resistencia.

La ética de la resistencia

Ya en su discurso de ingreso en la Real Academia, Delibes describía a sus personajes valiéndose de un léxico abiertamente férreo:

[...] mis personajes *se resisten, rechazan* la masificación. [...] Se trata de seres primarios, elementales, pero que *no abdican* de su humanidad; *se niegan* a cortar las raíces. A la sociedad gregaria que les incita, ellos *oponen* un terco individualismo⁶³.

Esta serie de verbos aplicados en su momento a los personajes delibesianos reflejan también, *mutatis mutandis*, el *ethos*⁶⁴ del propio Delibes⁶⁵ que tanto a través de sus personajes como de sus narradores opta por promover el léxico y el habla rurales. En su ensayo, Sergio del Molino echa mano de dos fragmentos de *El disputado voto...* en que el narrador describe

⁶¹ Gregorio TORRES NEBRERA, «Arcadia amenazada: modulaciones sobre un tema en la narrativa de Miguel Delibes», in Cristóbal CUEVAS GARCÍA (ed.), *Miguel Delibes. El escritor, la obra y el lector*, Barcelona, Anthropos, 1992, p. 31-60 [p. 54 citada].

⁶² Así lo muestran la boga del neorruralismo, la ola reciente de libros ficcionales o testimoniales que narran una vuelta al mundo rural como antídoto contra la vacuidad y el consumismo o que rescatan modos de vida, tradiciones o usos lingüísticos del mundo rural, conscientes de la necesidad de valorizar y de proteger este patrimonio inmaterial.

⁶³ Miguel DELIBES, *SOS. El sentido del progreso desde mi obra*, op. cit., p. 80. El subrayado es mío.

⁶⁴ La noción de *ethos* remite en la retórica grecolatina a «los modos de comportarse el orador tanto en el ejercicio de su profesión como en su conducta [...]», Demetrio ESTÉBANEZ CALDERÓN, «Ethos», *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, p. 389. Partiendo de esta definición, remitimos con este término a 1) un sistema individual de creencias y de valores que incide en el comportamiento del autor y a 2) la imagen del autor que la ficción transmite al lector.

⁶⁵ Afirma Delibes: «Yo traslado a mis personajes los problemas y las angustias que me atosigan, o los expongo por sus bocas. En definitiva, uno, si es sincero, se desdobra en ellos», César ALONSO DE LOS RÍOS, op. cit., p. 58.

el paisaje agreste al que se enfrentan los tres protagonistas. Sergio del Molino presenta estas descripciones como «una mezcla de cultismos, arcaísmos y localismos» en el que «con un puñado de palabras antiguas que remiten a objetos que los lectores urbanos difícilmente han visto o tocado, el escritor induce un estado alterado de la conciencia»⁶⁶. Huelga decir que Delibes se vale en sus novelas de un léxico cinegético, ornitológico, botánico tan extenso o de idiolectos (urbanos o rurales) tan acordes con sus personajes que se precisa a veces la ayuda de un glosario⁶⁷, un diccionario⁶⁸ o una enciclopedia⁶⁹ para leerlo con toda la precisión debida. Tanto en el caso de Delibes como en el caso del señor Cayo, la riqueza lingüística procede de un saber acumulado tras años de observación. El «estado alterado de la conciencia» del que habla Sergio del Molino tiene que ver, sin lugar a dudas, con lo que Philippe Hamon llama el «effet de sidération». Según Hamon, cualquier descripción estriba en la ostentación de un saber léxico y enunciativo⁷⁰ que provoca en el lector cierto «anonadamiento». Ahora bien, Delibes no hace muestra de este saber gratuitamente. Parece que en *El disputado voto...* hay un afán por rescatar del olvido palabras caídas en desuso y por impedir que una parte del léxico campesino desaparezca definitivamente. Escribir es intentar perennizar este vocabulario y, por lo tanto, equivale a luchar y a resistir contra la uniformización y el adocenamiento del lenguaje. Se puede hablar, en este sentido, de una performatividad del lenguaje de Delibes. Decir es actuar⁷¹ a favor de la conservación de un patrimonio léxico y, por lo tanto, llevar a cabo un acto de resistencia lingüística.

Otro tanto ocurre con los esquemas narrativos de *Viejas historias...*, *El disputado voto...* y *Los comedores de tierra*. Las tres novelas vienen protagonizadas por personajes que se niegan a abandonar su pueblo (el señor Cayo o el narrador anónimo de *Los comedores de tierra*), que vuelven a él (Isidoro en *Viejas historias...* o Yago en *Los comedores de tierra*)⁷² o que

⁶⁶ Sergio DEL MOLINO, *op. cit.*, p. 70. A modo de recordatorio, el primer fragmento viene con cursivas de Del Molino y reza lo siguiente: «La calleja *serpeaba* y, a los lados, se abrían oscuros *angostillos* de *heniles* colgantes, apuntalados por firmes troncos de roble, *costanillas* cenagosas generalmente sin salida, cegadas por un pajar o una hornillera. [...] Salvo el ligero zumbido del motor y los gritos lúgubres de las *chovas* en la *escarpa*, el silencio era absoluto» (cf. *El disputado voto del señor Cayo*, p. 82).

⁶⁷ La edición de *Viejas historias de Castilla la Vieja* a cargo de Antonio Candau que sirve de referencia a este estudio posee un glosario de 26 páginas para un texto de 66 páginas.

⁶⁸ Jorge URDIALES YUSTE, *Diccionario del castellano rural en la narrativa de Miguel Delibes*, Valladolid, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua/ El Norte de Castilla, 2006.

⁶⁹ Para comprobar la diferencia entre diferentes aves (ganga, chorla, churra y ortega) evocadas en *Los Santos inocentes*, el académico Manuel Alvar tuvo que recurrir a varios atlas lingüísticos y etnográficos, in Manuel ALVAR, *El mundo novelesco de Miguel Delibes*, Madrid, Gredos, 1987, p. 47-48.

⁷⁰ Philippe HAMON, *Du descriptif*, Paris, Hachette, 1993 [1981], p. 43-44.

⁷¹ J. L. AUSTIN, *Quand dire c'est faire*, Paris, Seuil, 1970, 183 p.

⁷² En el capítulo IX de *Castilla habla*, titulado «¿Tentativas de repoblación?», se le brinda al lector el testimonio de Miguel el hippy, «pionero de esta tímida inmigración que, de un tiempo a esta parte, se observa en los pueblos serranos de Burgos». Según puntualiza el autor, no se trata de un caso aislado, pues «tras él fueron llegando otros jóvenes desengañados que [...] han ido estableciéndose en pueblos abandonados o con una población simbólica».

estarían dispuestos a irse a vivir al campo (Víctor)⁷³, es decir personajes que se mueven a contrapelo del proceso migratorio y de la cultura urbana. El regreso se convierte en un reconocimiento de las virtudes del pueblo y, sobre todo, en una forma de resistencia a la marcha general del mundo. Isidoro no puede menos que constatar que «mientras el pueblo permanecía, la ciudad se desintegraba por aquello del progreso y de las perspectivas de futuro»⁷⁴. Al volver, Yago a su vez se asombra «de que todo guarde el mismo lugar»⁷⁵. Se perfila, a través de este final, algo parecido a una rehabilitación del campo y de sus valores sólidos en contradicción con los valores líquidos y efímeros de la época contemporánea. En la novela de Vallecillo, la vuelta al pueblo se tiñe de tintes cósmicos al convertirse en la aceptación de una vuelta a la tierra natal en sentido literal: los comedores de tierra «[regresan] a fundirse con el polvo de los campos más hermosos que ustedes hayan visto jamás»⁷⁶. En *El disputado voto...*, la contraposición entre cultura rural y urbana se resuelve en beneficio de aquélla. De hecho, Víctor, uno de los tres políticos que encarnan la cultura urbana, experimenta una crisis de valores y de creencias que cuestiona la política de abandono del mundo rural. Al expresar su admiración por la cultura rural, Víctor cuestiona la jerarquía dominante y las consecuencias del progreso. La «resistencia narrativa» consiste en darle carta de naturaleza a un personaje que redescubre y revaloriza el valor de la cultura rural en detrimento de una cultura urbana presentada como superficial y hueca.

Resistencia lingüística y narrativa constituyen las dos caras de una misma moneda que muestra el compromiso de estos dos autores con respecto al mundo rural. Su palabra en acto y sus narraciones éticas nos proponen una revisión de ciertos valores presuntamente modernos que no hacen más que alejar al hombre del *humus* y de lo humano, su correlato etimológico.

Delibes, Vallecillo y Del Molino nacen en diferentes momentos (1920 para Delibes, 1968 para Vallecillo y 1979 para Del Molino). Entre el primero y los dos más jóvenes existe una brecha generacional superada gracias a esta empatía para con el mundo rural. Miguel Delibes fue un autor comprometido con respecto no solo a la ecología⁷⁷ sino también a la ruralidad. Calificado injustamente de autor «carpetovetónico» y «antiguo» por Sergio del Molino,

⁷³ «Pues a mí no me importaría instalarme aquí para los restos con la mujer que me quisiera», *El disputado voto del señor Cayo*, p. 77.

⁷⁴ Miguel DELIBES, *Viejas historias...*, p. 85.

⁷⁵ Ángel VALLECILLO, *op. cit.*, p. 160.

⁷⁶ Ángel VALLECILLO, *op. cit.*, p. 172. Valga para Vallecillo este comentario de Felipe Nevado Aparicio acerca de la obra novelesca de Delibes: «[...] on assiste à une contemplation fusionnelle, à une identification esthétique, mais aussi nourricière et filiale — la terre vue dans sa dimension démétrienne — de l'homme avec son milieu naturel », in Felipe NEVADO APARICIO, *Miguel Delibes, chasseur d'histoires*, Paris, Publibook, 2010, p. 858.

⁷⁷ Con respecto al «ecologismo» (más que a la ecología) y a la visión del progreso de Delibes, léase los comentarios muy acertados de Felipe NEVADO APARICIO, *op. cit.*, «L'engagement écologique» (cap. VI), Paris, Publibook, 2010, p. 855-909.

Delibes fue un ecologista *avant la lettre*, por no decir un visionario (en particular, en su discurso de ingreso de 1973-1975). No hay tal compromiso ecológico en Ángel Vallecillo. No obstante su novela, con sabor a cuento filosófico, aboga por una rehabilitación del campo, al hacer de éste un refugio⁷⁸ contra el mal de amores y la vida deprimente de las grandes ciudades. A imagen y semejanza del Cándido voltairiano, Yago llega a la conclusión de que el propio huerto puede llegar a ser un espacio edénico susceptible de proporcionar una forma de felicidad. Al evocar ambos en sus ficciones la suerte del mundo rural, problematizan el sentido del progreso y evidencian la quiebra del modelo consumista, tecnicista y progresista a ultranza. También denuncian en su narrativa las derivas del progreso y el uso ciego que el hombre hace de éste. Quizás sea ésta su forma de ejemplificar la crisis del Progreso como metarrelato...

⁷⁸ Lo que dice Felipe Nevado Aparicio acerca de Delibes se aplica plenamente, a nuestro parecer, a la novela de Vallecillo: « [...] l'idée que la Nature est un refuge, le seul lieu où l'être humain peut se ressourcer, retrouver un espace-temps qui serait celui de l'authenticité et de l'essentialité du monde des origines, un paradis archétypal, en somme », in Felipe NEVADO APARICIO, *op. cit.*, p. 857.